

Prólogo

Cuando el libro *Idola Fori*, escrito por el ensayista y poeta colombiano Carlos Arturo Torres, llegó a las manos de mi tocayo Pablo Enrique Arrieta Lara, apenas habían transcurrido unos pocos años de su publicación. Él, autodidacta y devorador de cuanto libro había en la biblioteca de su natal Santa Ana, lo convirtió en el fundamento de su pensamiento crítico y de los sólidos valores que lo han acompañado a lo largo su vida.

Esta es la primera lección que, sin saberlo, nuestro autor, el embajador de Santa Ana, me dio al ponerme en contacto con una obra poco conocida, pero que fue publicada en España en 1910, hace más de 110 años. *Idola Fori* toma como referencia lo que ya había señalado antes el filósofo inglés Francis Bacon como uno de los obstáculos que nos impedían el progreso y el avance de la ciencia: aquellas ideas y creencias que, a pesar de haberse demostrado su falsedad, seguían siendo aceptadas.

Esas fantasías mentales, los ídolos del foro, es decir, las supersticiones políticas, eran parte del manifiesto que hace un llamado al destierro del fanatismo y la condena del dogmatismo como expresiones de la tiranía, y que deben darle paso al ejercicio de la tolerancia, como la exhortación, en palabras del desaparecido Héctor Abad Gómez en su *Manual de tolerancia*, a aceptar y respetar las ideas,

preferencias, formas de pensamiento o comportamientos de las demás personas.

Pablo Enrique Arrieta Lara se adelantó a su tiempo y lo comprendió. Él, un campesino de Santa Ana, municipio de la subregión sur del departamento de Magdalena, demostró, entre la década de 1920 y 1930, las máximas inquietudes intelectuales, ajenas, incluso, al ámbito académico moderno, que cuenta con más y mejor posibilidad y disponibilidad de materiales y obras que expandan el horizonte de la erudición.

Volver *Idola Fori* su texto de cabecera muestra la profundidad de pensamiento del embajador y el porqué decidió emprender una travesía impensada que lo sacó de su tierra natal y lo llevó a un centenar de países ubicados en el Caribe, el Lejano Oriente, Suramérica y Europa. Este periplo, así como sus ganas permanentes de aprender, lo llevaron a desarrollar por fuera del ámbito académico convencional conocimientos sobre diplomacia, historia, ciencia política, negocios internacionales y geopolítica, entre otros, y que ha venido compartiendo a lo largo de su vida en una labor de enseñanza permanente en aulas universitarias, con sus hijos y nietos y hasta en su natal Santa Ana.

La combinación del enfoque del hombre de provincia y el ser universal le dieron a Pablo Enrique Arrieta Lara la oportunidad de conectar y entender las evoluciones que ha tenido la sociedad global y lo que nos hace diferentes culturalmente. *De los campos del Magdalena a la diplomacia mundial* recoge, desde su experiencia de vida, etapas turbulentas de la historia de Colombia, percibidas dentro y fuera del país.

Por eso, este texto que está en sus manos es el homenaje a un santanero, a un hombre que luchó toda su vida, a ese ciudadano local que se volvió universal, que forjó su destino sin que su origen humilde lo disuadiera y superando las barreras sociales y económicas que lo condenaban a seguir perpetuando el círculo vicioso de la pobreza y la exclusión.

Es un homenaje a la persistencia, la disciplina y la resiliencia, término tan de moda en estos tiempos, pero cuyo significado y valor jamás caerán en desuso.

Nuestro embajador es orgullo del Magdalena, de su familia presente, pasada y futura, y fuente de inspiración de las nuevas generaciones que, desde la sabana, la ciénaga, el río y las montañas, sueñan con convertirse en ciudadanos del mundo.

Pablo Hernán Vera Salazar, Ph. D.
Rector
Universidad del Magdalena

Prefacio

De los campos del Magdalena a la diplomacia mundial, vivencias de un provinciano autodidacta que cambiaron la historia de la Cancillería colombiana, es el producto de una recopilación de escritos y ensayos que Pablo Enrique Arrieta Lara escribió motivado por sus conversaciones con amigos y familiares en los últimos veinte años. El mismo Pablo Enrique escribió a mano los textos que resumen estas conversaciones. Algunas, poco después de ocurridas; otras, mucho tiempo después. Los escritos describen acontecimientos históricos de la diplomacia colombiana de los cuales Pablo Enrique fue testigo y protagonista durante el tercer cuarto del siglo XX.

Luego de su jubilación del servicio diplomático colombiano, Pablo Enrique ha dedicado la mayor parte de su tiempo libre, cuando no está estudiando, a conversar con sus seres queridos y a transmitirles sus amplios conocimientos sobre diversos temas de cultura general. Pablo Enrique es un profesor empírico, cuyas clases magistrales, en la sala de su casa, son admiradas por propios y extraños.

Pablo Enrique fue un niño visionario, que se dio cuenta a muy temprana edad de que no había nacido para ser peón de finca, sino para ser protagonista de grandes episodios de la historia colombiana. Sin embargo, para eso tenía que prepararse muy bien, y vaya que así lo hizo. Él es un intelec-

tual autodidacta, que empezó su educación particular en el seno de una familia humilde y ganadera de Santa Ana, en el departamento del Magdalena. Mientras sus hermanos y amigos hacían cosas propias de niños y adolescentes en el campo, él leía todos los libros que estaban en la biblioteca pública del pueblo. También tuvo acceso a otros documentos que le proporcionaban sus profesores y seres queridos, de los cuales tiene hoy día frescos recuerdos. Entre estos documentos están los almanaques publicados por los laboratorios barranquilleros y el libro *Idola Fori*.¹ En sus conversaciones cotidianas, Pablo Enrique hace referencia a estos documentos como fuente de la mayoría de sus conocimientos, lo que resalta la importancia de los mismos en su vida. De *Idola Fori* comenta que fue la fuente de su pensamiento crítico, el que le ha permitido abrir las puertas del mundo.

Heriberto, hermano mayor de Pablo Enrique, decía que su hermano menor era un tipo sin miedo. Se refería así a la valentía que demostraba en su vida diaria. Recordaba sobre Pablo Enrique que de niño se adentraba en “el monte” en plena noche para explorar, esto como un ejemplo de su carencia de temor. Un día, armado de valentía y convencido de que en Santa Ana no tenía ningún porvenir, Pablo Enrique tomó la determinación de irse y no regresar a su querido terruño. Junto con su buen amigo Luis Mejía decidieron salir de Santa Ana y dejar atrás los corrales y las tinajas de ordeño. Tomaron una lancha hacia Magangué y luego siguieron rumbo a Gamarra, que era la ruta para llegar al Catatumbo, donde sabían que ofrecían trabajo de obreros. El clima allí era muy difícil y moría la gente. Luis se enfermó allí gravemente y Pablo Enrique algo contraído también. Lograron salir de allá en una avioneta que los dejó en Gamarra, escapándole a la muerte. Luis decidió volver a Santa

1. *Idola Fori*, obra de Carlos Arturo Torres (1910), Bogotá, F. Sempere y Compañía Editores.

Ana, pero Pablo Enrique no quiso. Decidió viajar a Medellín con el propósito de conseguir un trabajo digno. Aunque consiguió varios trabajos repletos de dignidad, estos no estaban en Medellín y solo llegaron a su vida tiempo después. La salida de Santa Ana no fue exitosa ni sencilla al comienzo; por el contrario, fue tremendamente difícil.

En Medellín buscó un cupo para estudiar en la universidad y un trabajo para sostenerse, pero no lo encontró. Entonces pensó que en Bogotá tendría mejor suerte, donde se encontraba la parienta María Castañeda, quien arrendaba cuartos; allí se quedó. Antonio Bruges Carmona, paisano santanero y empleado del periódico *El Tiempo*, ofreció ayudarlo, pero esta ayuda no se concretó. Los síntomas de la enfermedad contraída en el Catatumbo continuaban. En ese entonces conversó con el padre Restrepo, rector de la Universidad Javeriana, para explorar la posibilidad de trabajar en la universidad, siempre y cuando se le permitiera estudiar. El rector no tenía una posición para él. Difícilmente conseguía suficiente dinero para comer, buscando aquel trabajo digno que añoraba, pero ese no llegó entonces.

El paseo por Colombia fue minando los ahorros y la salud de aquel muchachón lleno de sueños. Entonces llegó el momento de aceptar la realidad. Escribió un telegrama a Santa Ana, pidiendo fondos para devolverse. Tuvo que regresar a Santa Ana, casi muerto y con uno que otro fracaso en sus bolsillos. La familia lo ayudó, le dio algún cariño que le sirvió de medicina tanto para el alma como para el cuerpo.

Ya recuperado en su salud, fue reclutado como soldado de la patria en Santa Marta. Pablo Enrique recuerda que, en la primera parte de la década de 1940, y después de haber cumplido el servicio militar obligatorio, el contingente al que pertenecía se despedía con la ceremonia del pan del soldado. El comandante del batallón, por considerar que él era el soldado intelectualmente más preparado, lo designó para pronunciar el discurso

de despedida durante la referida ceremonia. En consecuencia, en su intervención se le ocurrió expresar una cálida loa sobre la intrínseca significación de dicho acto. Incluyó también una breve crítica sobre lo que él consideraba como un inadecuado régimen cuartelario, al menos en su batallón. El público aplaudió cálidamente su discurso, pero como era de esperarse, al comandante del batallón le pareció bastante inconveniente e irreverente. En consecuencia, le expresó su disgusto y ordenó que se le retuviera la libreta militar a la que ya tenía legítimo derecho. Ciertamente Pablo Enrique, el valiente, presentó un reclamo justificado y amenazó con elevar una queja ante el comando superior. Por supuesto, la libreta le fue entregada por un oficial subalterno a la brevedad del término.

Tal vez la experiencia en el Ejército fue la chispa que prendió el motor del futuro embajador, aquella que lo sacó de Santa Ana definitivamente. La chispa tuvo que ser una de antimateria, tal vez, porque ciertamente se requirió mucha energía (y determinación) para soportar lo que el futuro cercano le tenía previsto. Su primera apuesta por salir adelante fue un fracaso y casi muerte de paludismo.

Ese período de la vida de Pablo Enrique no fue nada bueno, y él lo recuerda vívidamente. Su cara cambia cuando habla de esto, seguramente porque revive aquellos momentos cuando el mundo lo menospreció. Son estos momentos los que definen la vida de millones de personas que, como Pablo Enrique, deben decidir si salen adelante o se conforman con ser uno más del montón. Donde la mayoría flaquea, Pablo Enrique salió adelante.

Lo que Heriberto no contó fue que su hermano sí le temía a algo: a ser un fracasado. La certeza de que la vida le tenía algo extraordinario en el camino y su férrea voluntad llevaron al embajador de Santa Ana a seguir adelante; decidió no ser uno más del montón. Luego de sobrevivir a los primeros embates

de la vida y de prestar el servicio militar, tomó un segundo aire y volvió a Barranquilla, en busca de su trabajo digno. Esta vez salió del batallón con un compañero de aventura: Heriberto Arrieta Lara.

En Barranquilla estuvieron un tiempo en busca de un mejor porvenir. Buscaron por aquí y por allá, incluso pidieron ayuda al pariente Israel Jiménez,² pero nada... Luego de días y noches de incertidumbre, un coterráneo los invitó a engancharse en un programa de reclutamiento de obreros colombianos para la modernización de la refinería de la Curaçao Petroleum Industry Maatschappij³ (CPIM), la cual surtía de combustible a los barcos de guerra y comerciales que por aquella época surcaban las aguas del mar Caribe. Pablo Enrique decidió aceptar la invitación, pero Heriberto no. Tomó la tajante decisión de dejar atrás la vida de campesino que él no veía como propia.

Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y los submarinos alemanes cada día hundían naves de guerra y comerciales de los aliados en las aguas del Caribe. Un par de semanas antes del viaje, a un submarino alemán se le atribuía el hundimiento de la goleta *Resolut*, lo que motivó que el Gobierno colombiano hubiera declarado la guerra a los países del Eje (Alemania, Italia y Japón).

La refinería estaba ubicada en Curazao, adonde no se podía llegar fácilmente en burro. Nada de aviones o de barcos de pasajeros para los obreros; solo las famosas goletas que eran como las que se utilizaban en los ríos, con pésimas condiciones de seguridad y ninguna comodidad para los pasajeros. En una de estas naves se embarcaron algo así como treinta o cuarenta

2. Le decían tío, y era gerente del Country Club en Barranquilla.

3. El 30 de julio de 2014, el *Curaçao Chronicle* publicó una columna titulada “The future of Curaçao is without refinery”. Allí se hace una breve reseña que contextualiza los tiempos en que Pablo Enrique llegó a la CPIM por primera vez.

pasajeros que salieron de Barranquilla con el primer barco en Bocas de Ceniza. No hubo el menor descanso durante el viaje, que duró unas quince horas. En la mañana siguiente desembarcaron en el puerto de Willemstad, la capital de Curazao. Llegaron completamente empapados por las aguas marinas. Pablo Enrique también llegó empapado de libros, de almanaques, de Poincaré, de *Idola Fori...* Curazao es donde todo empezó, es como su Ítaca. Pero será el propio Pablo Enrique quien narre sus historias más importantes, las que hacen parte de la historia reciente de Colombia. Este libro es un texto académico, escrito en primera persona, sí, el cual ofrece una perspectiva única para entender los acontecimientos de los cuales el embajador de Santa Ana fue protagonista durante su paso por la diplomacia de su patria.

Pablo Enrique sabe que son los libros la base sólida de su vida, por ende, quiere que sea un libro la base sólida de la vida de sus descendientes y paisanos magdalenenses. Es así como decidió dejar por escrito aquí algunas de sus vivencias más importantes como ciudadano del común y como diplomático. Además, este libro recoge algunas respuestas que Pablo Enrique ha dado a preguntas que le han hecho sus seres queridos. Esta parte muestra la faceta de gran maestro y académico que el embajador asumió, particularmente después de su jubilación del servicio público. Con estos escritos, Pablo Enrique pretende dejar para la posteridad sus conocimientos y memorias, con la esperanza de que les sirvan a sus lectores, magdalenenses principalmente, para enfrentar el mundo complejo de la actualidad y del futuro. Este libro es también la herencia que deja en vida a su familia, quienes ven en él al pulsar más potente y brillante del universo.

Este libro es una recopilación de diálogos, relatos, recuerdos, conocimiento y memorias, cuyo curador fue Enrique de Jesús Arrieta Noguera, hijo de Pablo Enrique y su Sancho Panza en mil batallas. El contenido que se introduce a continuación es

una transcripción de las neuronas de Pablo Enrique al papel, y las referencias que se encuentran en el documento son notas del curador que se introducen como pies de página, las cuales contribuyen a la adecuada lectura de los manuscritos. El curador es quien ha explorado el archivo fotográfico personal del embajador, de donde se han obtenido todas las fotos que se utilizan en el libro para ilustrar los contenidos. Los pies de foto también son descripciones del curador.

Los seres queridos que se mencionan en los diálogos como interlocutores son introducidos en el contexto por el curador en su primera aparición. Algunas personas son mencionadas por Pablo Enrique varias veces a lo largo de los diálogos. Dada la naturaleza manuscrita de los textos, que son en su mayoría transcripciones de conversaciones reales, el curador tuvo ayuda de Rosa Concepción Díaz de Arrieta, nuera del embajador, quien verificó que los textos tuvieran una continuidad y una lógica adecuadas. Tanto Enrique de Jesús como Rosa Concepción dieron una importante contribución a este libro, sin las cuales este no habría sido posible. Adicionalmente, en la edición del texto final participaron Andrés Felipe Arrieta Díaz, nieto del embajador, Amanda Vargas Prieto y Claudia Betancur Duarte.

El libro tiene ocho capítulos: en los primeros siete se relatan algunos aspectos relevantes de la vida de Pablo Enrique en la historia de la diplomacia colombiana, y en el octavo capítulo se presenta la faceta de académico del embajador. Los primeros tres capítulos introducen el ambiente en que se formó y se desarrolló Pablo Enrique para llegar a ser diplomático. Los siguientes cuatro capítulos presentan los eventos históricos de la diplomacia colombiana en los que participó el embajador de Santa Ana. Estos capítulos no pretenden ser una autobiografía. La mayoría de los relatos tienen componentes históricos, económicos y políticos, mezclados con experiencias personales. La mayor parte de las personas mencionadas son personajes

públicos, siendo pocos los personajes nombrados que son parte de la vida privada del embajador.

En el primer capítulo, "Sembrar un árbol, tener un hijo y escribir un libro", Pablo Enrique comenta cómo supo que escribir un libro era algo importante en la vida de una persona. En el segundo capítulo, "Santa Ana, mi terruño", se describe Santa Ana como la recuerda Pablo Enrique; presenta los antecedentes de su fundación y plasma algunas realidades históricas que contextualizan el escrito. Así mismo, se hace alusión al futuro que le espera al municipio y se establece un contexto sobre algunas creencias de la cultura regional. En el tercer capítulo, "El secreto de mi inquietud intelectual", Pablo Enrique responde preguntas personales sobre su vida temprana, estableciendo el contexto social del momento y recordando sus orígenes familiares. Estos orígenes son importantes para motivar a sus descendientes y paisanos magdalenenses a salir adelante a pesar de las dificultades que puedan llegar a enfrentar en su medio. En el cuarto capítulo, "Un santanero en Curazao", Pablo Enrique narra brevemente su paso por Curazao, donde su vida tuvo un verdadero punto de inflexión y donde empieza verdaderamente su carrera diplomática. En el quinto capítulo, "Hablemos de Venezuela", Pablo Enrique relata su paso por Venezuela como diplomático, al tiempo que cuenta un poco sobre la historia del país, haciendo énfasis en acontecimientos relacionados con Colombia. El paso por Venezuela se dio en dos etapas diferentes de la vida de Pablo Enrique, pero se agrupa toda esta experiencia en un mismo capítulo. En el sexto capítulo, "De Santa Ana para el mundo", Pablo Enrique narra los acontecimientos más relevantes en la historia de la diplomacia colombiana, en los que participó como miembro de la Cancillería por fuera de Venezuela. Algunos de los acontecimientos aquí narrados se dieron después de su primera salida de Venezuela, y los demás ocurrieron después de su segunda salida de ese país.

El séptimo capítulo, "La Cancillería de Arrieta", es un complemento de los dos capítulos inmediatamente anteriores, donde Pablo Enrique habla sobre la diplomacia y la Asociación Diplomática Consular. También menciona su querido grupo de San Carlos y algunos episodios que les narró a sus compañeros allí. Sin duda alguna la Cancillería de Colombia tiene un antes y un después del paso de Pablo Enrique por sus oficinas. A lo largo de los años, y en múltiples relatos, he escuchado de varios personajes en la vida de Pablo Enrique, quienes lo reconocieron como el más importante empleado de la Cancillería en su historia. Así mismo, he escuchado relatos de viva voz de sus excompañeros donde se confirma la importancia de Pablo Enrique en la diplomacia colombiana de la segunda mitad del siglo XX. De igual forma, empleados actuales de la Cancillería conocen de la importancia de Pablo Enrique en los cimientos de la oficina consular de Colombia. Los relatos del séptimo capítulo son curiosas experiencias vividas por Pablo Enrique durante los años como funcionario de la Cancillería.

Según Carlos La Rotta,⁴ en el currículo universitario contemporáneo relacionado con la ejecución exitosa de la política exterior y de la diplomacia de Colombia se enfatiza la esencial importancia de contar con un servicio exterior altamente calificado. En esas cátedras surge entonces la figura pragmática de Pablo Enrique, ya que su gestión y ejemplares calidades integrales están presentes y contribuyen a suministrar a los jóvenes en proceso de formación, bases objetivas que les permitirán estar a la altura de sus responsabilidades profesionales.

El octavo capítulo, "La cátedra del embajador", es un complemento de los primeros siete capítulos, donde se presenta al embajador en su faceta de académico, característica que le

4. Embajador de carrera diplomática y consular (retirado) y profesor de prestigiosas universidades como la Pontificia Universidad Javeriana y la Jorge Tadeo Lozano.

sirvió de llave para abrir las puertas del éxito a lo largo de su vida. Difícilmente se pueden resumir en un solo libro los conocimientos que una persona posee. Sin embargo, este capítulo es un ejemplo de lo que utilizó el embajador como carta de presentación en todos los lugares a los que llegó: su capacidad intelectual y su don para transmitir sus conocimientos. Las explicaciones y comentarios que se presentan en este capítulo son famosos en el mundo que rodea embajador y fuente de conocimiento para quienes lo escuchan. Estas cátedras les sirven a sus lectores, sobre todo de educación secundaria y universitaria en el Magdalena, como un documento indispensable para enriquecer la cultura general, dado que se tratan asuntos de interés común.

Algunos temas tratados durante las conversaciones que se presentan en este libro se apartan un poco de la narrativa principal de cada capítulo. Por esta razón, dichos temas se han agrupado en los anexos del 1 al 8. Estos anexos están dentro de la filosofía del octavo capítulo. El anexo 9 es una adaptación del discurso que leí durante sesión ordinaria del Concejo Municipal de Santa Ana el día en que este ente colegiado reconoció la vida de su hijo más ilustre. El pergamino con el reconocimiento oficial lo recibí en representación de mi querido abuelo, teniendo en cuenta que actualmente su movilidad física es muy restringida. Sin embargo, su mente sigue siendo una supernova de conocimientos, de cariño y de ejemplo para todos los que hemos tenido el privilegio infinito de vivir en los tiempos del embajador de Santa Ana.

Enrique Arrieta Díaz

Introducción

En los almuerzos-conferencia semanales del Centro de Estudios Colombianos (CEC) a los que yo asistía regularmente, alguna vez se habló del tema de escribir un libro. En más de una ocasión distraje a mis compañeros de la mesa que yo ocupaba, y a las mesas vecinas, con temas relacionados con la historia de la diplomacia colombiana, esto mientras comenzaba la charla del conferencista invitado. En una oportunidad hablé acerca de la larga y compleja fijación definitiva de las fronteras terrestres con nuestros países vecinos, a partir del Tratado de Tordesillas,⁵ del año 1494, entre España y Portugal, bajo el patrocinio del papa Alejandro VI. En tal ocasión, algunos de los contertulios insinuaban la conveniencia de que yo escribiera un libro sobre tan interesantes temas. De mi parte agradecía tan halagadoras insinuaciones, pero no las consideraba viables por dos factores fundamentales: la intelectual y la financiera.

En otra ocasión en la que se habló de escribir un libro fue en los grados profesionales obtenidos en forma brillante por mis nietos Enrique Javier⁶ y Andrés Felipe⁷ Arrie-

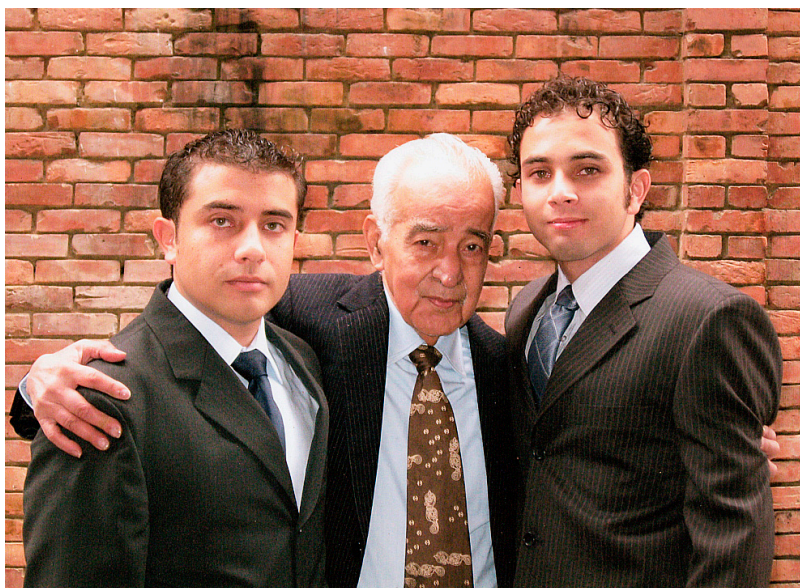
5. El tratado se firmó el 4 de junio de 1494 en la ciudad de este nombre, entre el rey Juan II de Portugal y los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

6. Hijo mayor de Enrique de Jesús Arrieta Noguera y Rosa Concepción Díaz de Arrieta.

7. Hijo menor de Enrique de Jesús Arrieta Noguera y Rosa Concepción Díaz de Arrieta.

ta Díaz en la prestigiosa Universidad de los Andes, y sus posteriores doctorados en acreditadas entidades universitarias de Estados Unidos de América e Inglaterra, respectivamente. Mis nietos se comunicaban conmigo con alguna frecuencia para un diálogo sobre diversos temas, especialmente sobre la fundación de Santa Ana. Algunas veces, después de las conversaciones de larga distancia, yo tomaba nota sobre las preguntas y respuestas, que posteriormente mi hijo Enrique de Jesús Arrieta Noguera⁸ pasaba en limpio en su computador.

Foto 1. Pablo Enrique acompañado de sus nietos Andrés Felipe (derecha) y Enrique Javier (izquierda), el día de sus grados de ingeniero mecánico y máster en física, respectivamente (Bogotá, 2006)



Fuente: archivo personal del autor.

8. Hijo mayor de Pablo Enrique y su esposa, Yoly Beatriz Noguera Aarón.